

Carta a mi querido maestro

Letter to my dear teacher

Mi muy estimado Dr. Welsh

Parece que fue ayer cuando lo veía llegar al hospital, se retiraba los lentes y se limpiaba los ojos con ese pañuelo que siempre cargaba. Cómo me gustaba ver sus largas pestañas. Llegaba cada mañana con toda la actitud. Me saludaba y me decía: “¿Cómo estás hijita?”, nadie nunca me había llamado así. Y aunque para usted lo habitual era dirigirse así a sus alumnas... yo me sentía muy especial.

Siempre llegaba contento, entregado, apasionado por la docencia y la investigación. Le preguntaba: “¿Cómo está doctor?” Y usted me respondía: “Estoy, que ya es ganancia”. Admirables siempre sus ganas de vivir y su pasión por la vida y la dermatología. Recuerdo que me decía: “Ahora sí hijita, voy a dedicarme a hacer lo que a mí más me gusta hacer: escribir”. Siempre queriendo compartir con el mundo su experiencia, con esas ganas de trascender y dejarnos un gran legado.

Nunca olvidaré sus frases: “Más sabe el diablo por viejo, que por diablo”, “Yo como Santo Tomás, hasta no ver, no creer”, “Una golondrina no hace verano”... y así tantas y tantas, todas certeras llevando un mensaje.

Ahora analizo lo que deseaba transmitirnos: no todo es sólo estudiar y leer, nos hacía saber lo valiosa que es la experiencia en nuestra profesión; realidad que hoy en día los jóvenes no aprecian.

Quería que tuviéramos nuestro criterio personal, que no creyéramos todo lo publicado, y además que tomáramos con reserva lo que no nos consta, buscando tener una evidencia, y nos hacía saber que si bien existen las excepciones a la regla, nunca debemos generalizarlas.

Mi maestro siempre tan prudente, recuerdo cuando me decía: “Hijita, pero qué tanto te mortificas, si con lechita se cura tu paciente, dale lechita”, ¡cómo me hacía reír! ¡Pero cuánta razón tenía!, enseñarnos que en ocasiones las cosas son simples y que tampoco es necesario aplicar tanta ciencia. ¡Cómo lo admiraba! Siempre tan culto, tan sabio de la vida. Cantaba muy hermoso. ¡Usted fue

bendecido con tantos talentos! Y recuerdo su gusto tan fino por la ópera que siempre escuché cuando fui con usted a trabajar a su casa.

Siempre lo voy a recordar tan caballero, tan respetuoso para dirigirse a todos nosotros, aun en esos momentos en que lo desesperábamos. Además tenía otras grandes virtudes, como ser paciente y saber escuchar. Así lo recuerdo sentado, recargado en la silla con sus brazos cruzados escuchándome.

Es fuerte saber que llega ese día en que personas muy amadas se van de este mundo, pero para mí es un orgullo y un honor haber compartido con usted esta vida profesional, ya que nos ha dejado un legado que siempre recordaré.

Agradezco a Dios su larga vida, 80 años, años en los que explotó todos los dones que tenía. Derramó infinitos conocimientos en múltiples generaciones, además de ser una inspiración para muchos alumnos. Fue un hombre apasionado en la vida, siempre actualizándose hasta su último aliento.

Gracias por ser pilar de nuestra dermatología mexicana, además de impulsarla a nivel internacional, y por ser un gran investigador. ¡Qué afortunados somos los que pudimos aprender de usted!

Ahora mi gran maestro, usted ha cumplido en esta vida terrenal. Tuvo una vida plena y admirable, y ahora es tiempo de ir a descansar y disfrutar de una vida eterna.

Estoy segura de que siempre perdurará en los corazones de nosotros, sus alumnos. Nos deja ahora un gran compromiso, el de continuar transmitiendo sus enseñanzas.

Gracias por siempre, y hasta donde se encuentre le mando todo mi amor y reconocimiento. Gracias por todo lo que me enseñó de la vida y de la ciencia, por enseñarme a hacer las cosas bien. Sé que algún día nos volveremos a encontrar y deseo volver a escuchar “touché” cuando le conteste acertadamente.

Lo quiero y lo voy a extrañar por siempre.

MAIRA HERZ